

Nativos y extranjeros en la ciudad de Corrientes durante la primera mitad del siglo XIX. Una aproximación desde la literatura de viajeros.

Angelina Oliveira Maisa Ronit
maisangelina@gmail.com
Instituto de Historia
Facultad de Humanidades
Universidad Nacional del Nordeste
Resistencia- Chaco

Resumen

La ciudad de Corrientes recibió aportes de inmigración europea desde el último tercio del siglo XVIII, en coincidencia con el proceso iniciado por el reformismo borbónico. La llegada de europeos continuó durante el siglo XIX, y no se trató exclusivamente de españoles, sino de europeos procedentes de otros países.

A lo largo del período la sociedad nativa se mostró receptiva con los extranjeros, en particular las familias que integraban la elite local. En las primeras décadas del siglo XIX se destaca la presencia de los hermanos Jhon y William Parish Robertson (1815-1816), comerciantes de origen británico, y de Alcides D'Orbigny (1827-1828), naturalista de origen francés, que recorrieron la región rioplatense y permanecieron un tiempo en Corrientes, donde tomaron contacto con sus compatriotas y figuras de la sociedad local.

Los recuerdos y experiencias de los hermanos Robertson fueron reunidos en la obra *Cartas de Sud-América*, editada en 1843. El francés Alcides Dessalines D'Orbigny hizo lo propio con su obra *Viaje a la América Meridional* publicada en 1839.

En ambos casos se trata de valiosos testimonios que proporcionan una mirada europea sobre la realidad política y social local, en distintos momentos del devenir institucional de la provincia.

Al analizar sus escritos nuestro objetivo es establecer qué lugar ocupaba el extranjero en la sociedad urbana de Corrientes, cómo veía a la sociedad nativa y de qué manera se relacionaba con ella.

Este trabajo es una primera aproximación al estudio de la presencia de extranjeros en la sociedad correntina, que corresponde a una Beca de Pregrado bajo el tema: *El viejo patriciado y la sociedad nueva. La formación de una comunidad de italianos en Corrientes en la segunda mitad del siglo XIX.*

Introducción

Este trabajo pretende constituir un primer acercamiento al estudio de la presencia de extranjeros en la sociedad correntina. El mismo forma parte de las actividades correspondientes una Beca de Pregrado bajo el título: *El viejo patriciado y la sociedad nueva. La formación de una comunidad de italianos en Corrientes en la segunda mitad del siglo XIX.*

Consideraremos aquí las obras de los hermanos Robertson y de Alcides D'Orbigny; el objetivo de este trabajo es establecer qué lugar ocupaba el extranjero en la sociedad de Corrientes, cómo veía a la sociedad nativa y de qué manera se relacionaba con ella. En primer lugar realizaremos una breve caracterización de la sociedad correntina en el siglo XIX. Seguidamente nos referiremos a los viajeros autores de las obras analizadas, y al contexto en el que socializaron y, finalmente analizaremos la información que nos dan respecto de la sociedad del momento.

Desarrollo

Breve caracterización de la sociedad correntina en el siglo XIX

Según Ernesto Maeder (1969: 14) la ciudad de Corrientes constituía ya a principios de siglo el núcleo urbano de mayor importancia de la región mesopotámica por su antigüedad y población. Al ubicarse sobre una región adecuada de las costas del Paraná, “fue puerto de escala obligada en la ruta a Asunción.

Su desarrollo urbano y demográfico fue lento al ritmo de las posibilidades de una provincia cuyo desarrollo era todavía pastoril”. Según los datos que el censo de 1820 le proporciona a Maeder, esta ciudad contaba con 876 casas, 3 conventos y 2 iglesias; su población total era de 7.542 habitantes, incluyendo las chacras y las quintas de cuarteles suburbanos.

En cuanto a los extranjeros que allí vivían, eran de mayor cantidad los originarios de países limítrofes como Paraguay y Brasil que los europeos (los españoles, los más numerosos, que alcanzaban el número de 102 en el censo de 1820; luego se encontraban 14 ingleses, 7 franceses ,3 italianos y un irlandés. Se debe tener en cuenta que en esta época “la inmigración no era importante en el país y menos aún en la provincia ganadera” (Sonzogni; Ramirez; 1980: 23).

Por su parte, Manuel Florencio Mantilla -agudo observador de la realidad correntina de finales del siglo-, en una descripción de 1895 distinguía la existencia en Corrientes de tres sectores sociales a los que denominaba “alta sociedad”, “sociedad nueva” y “masa popular” (Quiñonez, M.; 2007: 16).

Los extranjeros que habitaban en la ciudad, serían parte de esa “sociedad nueva” formada por familias de reciente arraigo, entre ellas las de origen europeo que se asentaron en la ciudad durante todo el siglo XIX y que lograron ser admitidos por la elite local.

Mantilla además atribuía a estas familias y a su éxito económico, la responsabilidad de muchos cambios en el orden social, la causante de “tensiones”. El autor revela estos aspectos en comentarios referidos “a la ‘ostentación’ y ‘los placeres fugaces’, que alteraron la vida apacible y la rusticidad característica de la sociedad tradicional”.

Asimismo, no solo se quejaba de las alteraciones que presentaba el viejo orden social, “sino de aquellas que se manifestaban en el paisaje urbano que lentamente se poblaba de nuevas mansiones alejadas de las toscas casonas coloniales y en las nuevas costumbres que regían la vida social” (Quiñonez, M.; 2007:25).

Quiere decir entonces, que en la nueva dinámica social este sector incipiente por un lado carecía del linaje que caracterizaba a las familias del patriciado; por otro, producía alteraciones, ya que las actividades que realizaban -comerciales o industriales- implicaban nuevos valores para la sociedad relacionados, por ejemplo, con el éxito económico.

La literatura de viajeros: Los hermanos Robertson y Alcides D'Orbigny

Con la apertura del puerto de Buenos Aires al tráfico inglés en 1809 -tras los sucesos acaecidos en Europa- desembarcaron un gran número de comerciantes británicos, entre ellos el escocés Jhon Parish Robertson.

A la edad de 17 años, frecuentó los mejores círculos sociales y fue presentado al Virrey Liniers, en vísperas de entregar el mando a Cisneros. Pasó dos años y medio en la ciudad, entregado a la práctica del comercio con otros comerciantes británicos y en esta, su primera temporada en Buenos Aires, asistió a la Revolución de Mayo.

A fines de 1812 realizó su primera empresa comercial en la ciudad de Asunción entrando en relaciones con Gaspar Rodríguez de Francia, frecuentándolo con asiduidad cuando todavía ejercía el consulado. En 1813 llegó William, hermano de Jhon, para reunirse en Asunción, más ambos fueron expulsados en 1815 de esta ciudad debido a conflictos con el entonces ya dictador Francia.

Previamente, Jhon había establecido relaciones de importancia en Corrientes, las cuales le permitieron establecerse en la ciudad y asociarse a otros capitalistas e incrementar su fortuna por medio del negocio de cueros, superando el capital que había alcanzado en Paraguay gracias al negocio de yerba.

Un año permanecieron los hermanos en Corrientes y marcharon luego a Buenos Aires. Habían acopiado una cantidad importante de cueros de toda especie que representaba una considerable fortuna.

La situación político económica sumamente inestable de la época los llevó a la ruina en la década de 1830, lo que provocó su regreso a Inglaterra. Una vez reunidos allí, proyectaron escribir la historia de sus aventuras en América del Sur.

Para la realización de la obra no solo los ayudaba su memoria, sino también un rico archivo formado por cartas que los hermanos se enviaban entre sí durante su estadía en Sudamérica.

Todo hace suponer que además habrían registrado muchos episodios y descripciones en apuntes directos que los autores habrían tomado en el momento, impresionados por alguna escena particular o por alguna conversación pintoresca. Publicaron sus memorias en numerosos escritos como *Cartas al Paraguay* en 1838, y en 1843 apareció *Cartas de Sudamérica*.

Estas cartas comprenden las andanzas de los hermanos en la provincia de Corrientes por los años 1815-1816, aspectos de Buenos Aires (1815-1820), viajes a Inglaterra y capítulos de la historia del país. (J.L Busaniche; 1950: 41).

En cuanto al francés Alcides Dessalines D'Orbigny nació en Coveron, en el año 1802. Desde temprano se formó en las ciencias médicas y naturales, pues tanto su padre como su hermano se dedicaron a estas y fueron autores de valiosos libros sobre zoología y botánica.

Esto explica que Alcides antes de cumplir los veinte años fuese un hombre de ciencia, recibiendo en 1825 la misión de visitar, explorar y estudiar la fauna y la flora de las regiones australes de América del Sur, partiendo con el título de “naturalista –viajero” por el Museo de Historia Natural.

Así es que D'Orbigny recorrió durante ocho años -desde 1826-, las tierras del Brasil, Uruguay, Argentina, Paraguay, Chile, Perú y Bolivia, regresando a su país natal en

1834, donde coordinó sus documentos y observaciones, los clasificó y corrigió, para luego dar a luz el primer tomo de su obra *Viaje a la América Meridional* fechada en París y Estrasburgo, en 1839 (Morales; 1945:8).

D'Orbigny emprendió su viaje remontando el Paraná, pasando por Santa Fe, Entre Ríos; llegó primero a tierras de Goya y finalmente a Corrientes el 15 de marzo de 1827. Permaneció y recorrió los alrededores de la ciudad, aproximadamente un año. Sus observaciones incluyen los nombres de las especies animales, vegetales, descripción de paisajes, de la geografía, pero también recoge datos sobre la organización social, política, económica, las costumbres y la historia de cada uno de los lugares visitados⁹⁸.

Algo que distingue a los hermanos Robertson de Alcides D'Orbigny es que tuvieron una prolongada estadía en la ciudad de Corrientes en momentos históricos esencialmente distintos. Mientras los jóvenes escoceses visitaron la ciudad apenas cinco años más tarde de producida la Revolución de Mayo presenciando un escenario agitado y en vías de organización, la estadía del francés Alcides D'Orbigny coincidió con un momento próspero de la ciudad que disfrutaba ya de la suficiente tranquilidad como para impulsar un desarrollo propio.

Los escoceses estuvieron en la ciudad entre 1815 y 1816. Por estos años Corrientes se encontraba bajo el poder del Teniente Gobernador Juan Bautista Méndez integrando desde 1814 la Liga de los pueblos libres, que reconocía a José Gervasio de Artigas como Protector.

Después de la derrota de este, Francisco Ramírez incorporó a Corrientes en 1820 a su República Entrerriana, hasta que en 1821 pudo Corrientes recuperar su jurisdicción y sus derechos, para pensar en organizar institucionalmente su gobierno. D'Orbigny permaneció en la ciudad y recorrió sus alrededores entre los años 1827 y 1828 cuando la misma se encontraba bajo el gobierno de Pedro Ferré, en un momento de relativa tranquilidad que contrastaba considerablemente con la etapa anterior:

“En este periodo pudieron realizarse algunas obras de aliento, organizar el aparato administrativo del estado, fomentar las actividades económicas, erigir pueblos y aumentar su influencia entre las restantes provincias. Adherida Corrientes al Pacto Federal desde 1831, se destacó por su interés en contribuir a la organización nacional y por su defensa apasionada en 1832 de los intereses económicos provinciales frente al gobierno bonaerense” (Maeder, E.; 1980: 61).

Relaciones sociales y mirada de los viajeros

Los extranjeros que visitaron la ciudad de Corrientes- con objetivos tan distintos como entablar relaciones comerciales, en el caso de los Robertson, o estudiar sobre la fauna y la flora, en el caso de D'Orbigny- supieron integrarse a esta sociedad, y dejaron en sus escritos un aporte de gran valor para el estudio histórico.

Ambos se relacionaron con otros extranjeros residentes en la ciudad capital: el inglés Mr. Postlethwaite dio acilo a los Robertson, y los franceses Parchappe y Bread, ayudaron a D'Orbigny en su estadía en general.

También ambos se relacionaron con las autoridades de la ciudad en el respectivo momento de la visita. Los hermanos Robertson entablaron relaciones con Méndez:

⁹⁸ (S/D).

“El gobernador de Corrientes, el coronel Méndez, era sincero amigo mío; también eran mis amigos muchos vecinos respetables de la ciudad” (Robertson; 1950: 77). Este vínculo se veía favorecido por la actividad comercial que realizaban los Robertson que permitió al entonces gobernador gestionar la compra de armas para socavar las ambiciones de los portugueses sobre la Banda Oriental.

También conocieron y entablaron relaciones con el “gaucho irlandés” Pedro Campbell, tan allegado a Artigas que Méndez supo recomendar a los hermanos que hicieran amistad con él: “Lo cierto es que el coronel Méndez al despedirse, me aconsejó en toda forma que cultivara la amistad con mi compatriota, ‘porque –dijo- después de Artigas, nadie puede hacerle un servicio en la provincia como Pedro Campbell’” (Robertson; 1950:85).

Sin embargo, el sucesor de Méndez, Cabral, no mostró un entendimiento semejante a su antecesor con los extranjeros, al contrario, miraba con malos ojos el tráfico de estos que iba en detrimento de la mayoría de los cabildantes, también dedicados al comercio. Así, Cabral aprovechó un decreto de Artigas contra los españoles en el que se ordenaba el envío de todos los “europeos” al cuartel de Purificación: “*Los europeos*, en el habla del país quería decir *los españoles*.”

En este supuesto, el decreto de Artigas lanzado contra los europeos era, como todos sabían, contra los españoles. Pero Cabral, con toda astucia y malicia, tomó la expresión al pie de la letra y decidió que, como quiera que los ingleses eran europeos, quedaban también comprendidos en el decreto” (Robertson; 1950:37).

Los ingleses, dirigidos por William Parish Robertson, se quejaron ante el cabildo de la situación y al enterarse Artigas “escribió en términos muy severos y despectivos a los cabildantes, para decirles que solamente un burro como el alcalde de Corrientes, podía ignorar que “europeo” quería decir *un español* y no *un inglés*” (Robertson; 1950: 43).

Por su parte, D’Orbigny conoció a Pedro Ferré quien le concedió el permiso necesario para que pudiera recorrer el interior de la provincia: “Me presenté ante el gobernador, don Pedro Ferré, para obtener el premissa necesario. Me prometió convocar al congreso para concedérmelo, y, en efecto, unos días después me remitió un pasaporte del gobierno que me recomendaba, en la forma más expresiva, a las autoridades rurales” (D’Orbigny; 1945: 124).

El objetivo de D’Orbigny se vio favorecido gracias a la relación ya previamente establecida entre el gobernador y Parchappe, a quien había encomendado la realización de relevamientos topográficos en el territorio de la provincia. D’Orbigny supo reconocer y referirse a las virtudes de Ferré y su gestión al señalar, entre otras cosas, que la instrucción había mejorado gracias a la administración de este gobernador que logró que en el colegio se enseñara latín, español, matemáticas y dibujo.

En esa oportunidad dirá: “Don Pedro Ferré es uno de esos hombres raros que deben a la naturaleza, más que a la educación, la fuerza de gobernar con justicia y un juicio notable en todo, para el bien general de su país” (D’Orbigny; 1945: 367).

Si bien los viajeros entablaban relaciones con la elite de la ciudad, también tuvieron contacto aquí y en el interior de la provincia con otros sectores de la sociedad correntina, como es el caso de los indios.

En su obra D’Orbigny reconoce la necesidad de civilizarlos mediante el contacto con el europeo: “No hay para ellos otro medio de perfeccionamiento posible que mezclarlos y fundirlos con los europeos” (D’Orbigny; 1945: 341). Sin embargo supo reconocer en una

ocasión, no sin asombro, las virtudes de unos indios que conformaban la banda de Caacaty y que se presentaron en la casa del comandante del lugar para agasajar al naturalista y otros cuatro compatriotas suyos que allí se encontraban:

“Se presentó la banda del lugar, que escuché con verdadero placer, debido a su originalidad. La componían indios guaraníes. Uno tocaba el violín de su propia factura; otro pulsaba un arpa hecha con un tronco ahuecado (...) Estos virtuosos nos tocaron unos aires nacionales con mucha precisión, y apenas podía explicarme cómo hombres carentes de instrucción musical y contando con instrumentos tan imperfectos, podían ejecutar melodías y hacerse escuchar con agrado” (D’Orbigny; 1945: 224).

Por otra parte, los indios parecen haber no rechazado al extranjero; al contrario, colaboraron con él en la realización de su tarea: “Otro motivo me retenía en Corrientes.

Tenía a mi disposición muchos indios jóvenes que hurgaban por mi cuenta las cercanías y me ayudaban a completar mis observaciones acerca de la incubación de los pájaros que anidaban en gran cantidad por todos los arbustos vecinos” (D’Orbigny; 1945: 207). También en su camino a San Roque, una familia de indios se habría mostrado muy amable con el francés que por su parte supo advertir sus bondades:

“Nos ofrecieron, con la mayor generosidad, compartir la escasa sombra que podía dar su techo y nos calentaron agua para el mate, que invariablemente me proponía tomar mi compañero de viaje en cuanto había que engañar un apetito que no siempre había medios de satisfacer (...). ¡Qué contraste, en efecto, entre aquellos laboriosos indios, satisfechos y contentos de que no les faltara alimento y tanto ociosos de nuestras ciudades que, gastados en todos los placeres, rodeados de una apoltronada opulencia, aun están sumidos en preocupaciones tienen voz para quejarse de los rigores que les impone el destino!” (D’Orbigny; 1945: 143).

En lo que refiere a lo narrado por los Robertson, mostraron una visión menos tolerante y más negativa de los indios y sus hábitos; así, en la descripción de su camino hacia Goya, William describe:

“Poco o nada de interés pude observar en la marcha hasta que llegué, a medio camino, a un grupo de chozas miserables llamado ‘Las Garzas’, cuya pobreza y el aspecto salvaje de sus moradores causaban pésima impresión. Eran todos indios reducidos, de la orilla opuesta del Gran Chaco, perezosos y casi desnudos que vivían en la suciedad y la indigencia”. Sin embargo, a cinco leguas de Goya, “...el pueblecito de Santa Lucia fundado por los jesuitas (...) conservaba todavía entonces el aspecto de una ‘reducción’ y los indios, más civilizados vivían cómodos y felices” (Robertson; 1950: 182).

En cuanto a su estadía en la ciudad, para los Robertson el bienestar y la satisfacción eran mayor cuanto más se pareciese su vida en las lejanas tierras de Corrientes a la llevada en su país natal. Así dirá William Parish Robertson:

“Pocos periodos de mi vida han sido más felices que aquellos meses de 1817 pasados en Corrientes. El encanto consistía en haber encontrado un hogar [la casa de la familia Postlethwaite] donde menos podía esperarlo. Cuando, cerrada la sala y sentados en la mesa, a la hora del té, quería imaginar (lo que era, después de todo, la verdad) que me hallaba en un lugar remoto, aislado y desconocido de América del Sur, esto me resultaba difícil” (Robertson; 1950:21).

D’Orbigny, en cambio se mostraba más dispuesto a aceptar lo que la ciudad podía ofrecerle, sin esperar semejanzas con su lejana Francia: “Pese a la poca regularidad de Corrientes, debo confesar que encontré muy agradables a la ciudad y sus habitantes.

Una estadía de un mes en medio de comarcas deshabitadas, el continuo suplicio de la mordedura de los mosquitos, la carencia de pan y carne fresca desde mi partida de Buenos Aires hacía más de quince días me habían vuelto poco exigente” (D’Orbigny; 1945: 117).

Es importante aclarar que a diferencia de los Robertson, comerciantes quizás poco dispuestos a soportar una vida llena de limitaciones e incomodidades, D’Orbigny se veía obligado a tolerar y convivir con las dificultades que le suponía tener que trasladarse de un lugar a otro para la realización de su actividad como naturalista.

Por otro lado, el francés siempre se mostró más reflexivo sobre sus críticas acerca de Corrientes, llegando casi hasta a objetar sus propias apreciaciones, como cuando presenció la fiesta de San Francisco y relató con sorpresa sobre las mujeres y los hombres que disfrutaban de la ocasión con la distribución de cigarros, aguardiente de caña de azúcar, para luego de las doce del mediodía retirarse a comer y dormir la siesta, y concluyó diciendo:

“Cada vez que veía renovarse tales escenas que aun evocan la edad primitiva de la civilización, empezaba por criticar todo; pero vinculándola en el recuerdo a numerosas fiestas nuestras, de las aldeas de la baja Bretaña o del fondo de los campos de Poitou, pronto reconocía que a pesar del alejamiento de los lugares, los hombres de ambos continentes son, a un mismo nivel de civilización, siempre y en todas partes más o menos los mismos, movidos por iguales pasiones y siempre condenados por bárbaros con excesiva precipitación, por el observador que los ve por primera vez”(D’Orbigny; 1945: 195).

La sociedad de Corrientes parece haber sido muy receptiva y hospitalaria con los extranjeros y es necesario subrayar que tanto los Hermanos Robertson como D’Orbigny consideraban esta amable ‘hospitalidad’ de los correntinos como una herencia española que, según el francés, corría riesgo de desaparecer en cuanto la civilización avanzara hacia esos territorios ya que se extendería con ella el egoísmo y la más exaltada por haber recibido el viajero la aceptación y recomendación de un gobernante falsedad. En el relato de D’Orbigny puede percibirse una actitud muy amable y cordial del correntino hacia el hombre extranjero. La cálida recepción de la sociedad nativa se vio aún tan importante en la época como Ferré y por ser considerado, como todo francés, médico:

“Como francés, se me consideraba necesariamente médico, de manera que fui consultado acerca de su enfermedad. En esta oportunidad, así como en muchas otras ulteriores, prescribía unos remedios sencillos que tomados con confianza y ayudados por la buena constitución del enfermo, produjeron la curación más perfecta, según supe más tarde. Por otra parte, fui tanto mejor recibido por cuanto, abstracción hecha de mi reputación médica, tenía del gobernador de la provincia recomendaciones que causaron el mejor efecto del mundo en las autoridades locales” (D’Orbigny; 1945: 144).

Resulta interesante ver además, cómo los pobladores del lugar se mostraban curiosos por las tareas del francés y dispuestos a colaborar con él:

“Dediqué todos mis días disponibles a recorrer los alrededores, cazando y pidiendo a los habitantes que me trajeran animales, conchas e insectos. Cada día veía enriquecer mis colecciones. Con frecuencia extendía un lienzo en la plaza del poblado; colocaba encima dos velas encendidas y esperaba que los insectos nocturnos cayeran en la trampa (...) La estrategia pareció extraordinaria a los pobladores que se sorprendían al observar la trivialidad de mis ocupaciones; pero encontré la manera de acabar con sus preguntas, a veces inoportunas, diciéndoles que recogía esas muestras como médico, para convertirlas en remedios, y desde entonces se dedicaron a ayudarme, cosa que no habrían hecho con seguridad si hubiesen visto en mis investigaciones un mero propósito de curiosidad. Todos los chicos del pueblo me secundaron en la búsqueda de plantas, conchas e insectos” (D’Orbigny; 1945: 185).

Por otro lado, podemos pensar que la disposición de D’Orbigny a tomar costumbres del lugar como tomar mates para ‘engañar el apetito’ o aprender el guaraní ‘para recorrer con provecho el interior de la provincia’ ayudaron a entablar relaciones con la sociedad local. Esta apropiación de hábitos culturales del lugar, era premeditada por el francés y aconsejada para el emprendimiento de cualquier viaje:

“Quien quiera viajar con provecho no debe descuidar nada para ponerse en todas partes al corriente de los usos propios de cada provincia que recorre; pues amoldándose a todos tendrá la seguridad de hacerse estimar por todas las clases sociales y encontrarlas siempre deseosas de ayudarlo; desde entonces queda asegurado el éxito de su misión” (D’Orbigny; 1945:201).

En la obra de los Robertson, y partiendo fundamentalmente del relato de reuniones en la casa de la familia inglesa Posthlewthwaite, logramos observar la disposición de cierto sector de la sociedad nativa a entablar relaciones con esta familia extranjera que, por su parte se mostraba muy abierta al entendimiento con los correntinos, habían comenzado a estudiar español, asimismo intentaban aprender sobre las costumbres del lugar, visitaban a las familias y las recibían en su propia casa, pudiéndose notar su voluntad por ser parte de la sociedad. En este sentido comenta William:

“Por fortuna, la señora Posthlewthwaite y sus hijas poseían un carácter tan adaptable, tan animoso, que se acomodaban fácilmente a los hábitos del pueblo en que vivían

y donde eran las preferidas. Nunca se les oía formular comparaciones (tan odiosas para quienes resultan rebajados con ellas) entre en su propio país y el de su residencia. Jamás hacían alusión a las comodidades inglesas ni a las dificultades que encontraban en Sud América” (Robertson; 1950:19).

Los hermanos Robertson, a diferencia de D’Orbigny se relacionaron en mayor medida con las figuras más destacadas de la sociedad correntina del momento y se puede percibir en su relato una casi permanente desconfianza hacia el común de la población, resultante del temor a que los asaltaran debido al desorden imperante en Corrientes. Para asegurar la protección de sus intereses se preocupaban por ganarse el favor de los hombres cercanos a Artigas:

“Yo era considerado como uno de los habitantes más ricos y me hallaba en mayor peligro que otro cualquiera, pero se sabía también que había merecido poco tiempo antes el favor y la protección de Artigas. Estas circunstancias y algunas dádivas oportunas, consistentes en dinero y en cascos de cerveza que distribuí entre los hombres más influyentes del partido artigueño, me fueron muy útiles, salvándome de los riesgos a que estaba expuesto” (Robertson; 1950:77).

Si bien los hermanos Robertson fueron, al igual que el francés, recibidos con amabilidad y cortesía, no gozaron siempre de la aceptación de toda la población por ser comerciantes ingleses; esto es notable en la ocasión del incidente ya citado con el sucesor de Méndez, Cabral, y también en la apreciación de la esposa de Don Isidoro Martínez, quien, molesta por el supuesto reemplazo del trueque por el uso de la moneda, reprochaba: “Si yo fuera gobernador de la provincia, haría salir a los ingleses del territorio porque están arruinando y destruyendo el comercio.

Antes de llegar ellos aquí la gente pobre se acercaba a la puerta de la calle para gritar: -¡Pan por yerba!, ¡Tabaco por azúcar! Así hacíamos verdaderas ganancias y la clase baja se mantenía en su lugar comportándose con sumisión y humildad ante sus superiores” (Robertson; 1950:99).

A pesar de que los hermanos Robertson y D’Orbigny visitaron Corrientes en momentos históricamente distintos y por motivos diferentes, ambos fueron extranjeros que en mayor o menor medida supieron apreciar la ciudad y relacionarse con sus habitantes.

Podemos pensar, por lo antes expuesto, que las relaciones que entablaron estuvieron en gran medida influidas por la finalidad y el momento de su estadía.

Más allá de la diferencia que existe en las apreciaciones de estos viajeros, ambos parecieron interesados por mostrar en sus escritos una actitud de agradecimiento y aprecio a la ciudad y sus habitantes por la atención brindada en su estadía.

Robertson recordaban que “...estaba contento de ver en aquella región remota tanta bondad y respeto para quienes con la pena de una larga separación habían dejado su país natal...”y que los “...extranjeros siempre recibieron de ellos [los correntinos], las mejores pruebas de generosidad y hospitalidad” (Robertson; 1950: 13). Por su parte D’Orbigny decía al momento de su partida:

“Me detuve algunos instantes antes de entrar en otra provincia, dando mi último adiós a aquella que me había acogido durante más de un año sin que tuviera que nunca que quejarme un solo instante de sus habitantes”(D’Orbigny; 1945:358).

Bibliografía

D’ORBIGNY, Alcides (1945) Viaje a la América Meridional. Buenos Aires, Futuro.

MAEDER, Ernesto Antonio. Guerra civil y crisis demográfica en Corrientes: el censo provincial de 1841. Folia Histórica del Nordeste N°4. Resistencia–Corrientes 1980.

MAEDER, Ernesto Antonio. La estructura demográfica y ocupacional de Corrientes y Entre Ríos, en 1820. Archivo general de la provincia y registro oficial. Cuadernos de Historia Serie I N°4. Corrientes, 1969.

MAEDER, Ernesto Antonio. La ciudad de Corrientes, descripta por viajeros y cronistas, entre 1750 y 1828. Revista Nordeste N°1. Diciembre 1960. Facultad de Humanidades. Resistencia Chaco.

QUINONEZ, María Gabriela. Elite, ciudad y sociabilidad en Corrientes 1880-1930. Moglia Ediciones, Corrientes, 2007.

ROBERTSON, J.P y G.P. 1843, Cartas de Sud-América (1950), Traducción de J.L. Busaniche. Buenos Aires, Emecé editores.

BUSANICHE, J. L. (1950): Prólogo en Robertson, J.P y G.P. 1843, Cartas de Sud-América; Traducción de J.L. Busaniche. Buenos Aires, Emecé editores.

MORALES, Ernesto (1945) Prólogo en D’Orbigny, Alcides. Viaje a la América Meridional. Futuro, Buenos Aires.

SONZOGNI, María Cristina; RAMIREZ, Mirta Beatriz. La población de la ciudad de Corrientes a mediados del siglo XIX. EN: Cuadernos de Geohistoria Regional N°2. IIGHI-CONICET, Corrientes, 1980.